

G. ROUX: *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural*, Ediciones Akal S. A., 1987, 495 pp. + 8 mapas y 21 ilustraciones.

Nos hallamos ante la traducción del libro aparecido en lengua francesa en el año 1985, publicado por Editions du Seuil, París. El interés del autor por el tema radica en el hecho de que, a pesar de que, la civilización mesopotámica se enmarca en el grupo de las cuatro o cinco culturas más importantes de época precristiana, siendo a la vez la más antigua y duradera, y de que es, sin duda, la más significativa no sólo por la influencia que ejercería sobre el conjunto de países del Próximo Oriente y sobre el mundo griego sino también por su contribución al desarrollo material y espiritual de la humanidad, continúa siendo la gran desconocida para una gran parte de la población culta del Occidente europeo y de ahí la necesidad de hacerla más palpable y asequible.

Este abandono obedece a varios factores: en primer lugar porque, al margen de los especialistas, un número reducidísimo de universitarios (y más aún en el caso de España y Portugal) se interesan vivamente por estas primeras fases de la historia mesopotámica, por lo que a duras penas figura telegráficamente en nuestros manuales universitarios o escolares. Pero es que, además, con demasiada frecuencia los especialistas en la materia han mantenido ocultos sus descubrimientos en este campo, dando así la impresión de que se trataba de una ciencia difícilmente accesible al público culto en general.

Por otro lado hemos de tener en cuenta que, al contrario de lo que sucede con respecto a Egipto, Creta, Grecia o Turquía, el Iraq no es visitado más que por un pequeño número de turistas. De ahí que Georges Roux, tras varios años de estancia en Basora, se decidiera a publicar en 1964 en Londres su *Ancient Iraq*, que se encuentra en la base del contenido del libro que ahora nos ocupa.

Esta obra no ha sido redactada básicamente con vistas a los especialistas sino a todo ese colectivo de personas que, por razones diversas, se interesan por la historia de Mesopotamia, del Próximo Oriente y de la Antigüedad en general. En este sentido los objetivos que se persiguen se centran en un análisis claro, simple y vivaz, a pesar de su propia complejidad, sin abandonar por ello la exactitud, precisión y prudencia que deben acompañar a todo historiador.

La bibliografía (artículos y libros) referidos a Mesopotamia y a las regiones del Próximo Oriente vinculadas a dicho ámbito cultural configuran una caterva que aumenta de año en año, por lo que debido a su gran número resulta difícil su manejo en la actualidad. El autor nos presenta en esta obra de síntesis igualmente un cúmulo selecto de notas y referencias bibliográficas que, aunque van destinadas en su origen a los estudiantes universitarios interesados por los estudios de Mesopotamia y zonas limítrofes, constituyen un acervo imprescindible para cualquier investigador que se preocupe por estos temas.

Antes de pasar al análisis propiamente dicho de los diferentes períodos de la historia de Mesopotamia es preciso definir el marco geográfico (pp. 17-32) que dará cabida al desarrollo cultural de esta zona durante la Edad antigua; en este sentido la presencia de los ríos gemelos y del territorio circundante hará posible dicha floración cultural teniendo como centro toda una serie de ciudades (Úr, Uruk, Kish, Nipur, Agadé, Assur, Nínive, Babilonia...). Simultáneamente no podemos desdeñar las particularidades regionales que se nos ofrecen, teniendo en cuenta las arterias comerciales (fluviales y/o terrestres) que potenciarían el auge cultural en cada caso.

Como base para el descubrimiento de este pasado de Mesopotamia se hace necesari-

rio recurrir a la documentación (textos y monumentos), que casi siempre se hallaban enterrados en el suelo y únicamente se hacían disponibles tras el trabajo arqueológico correspondiente. El análisis de las ciudades enterradas en el marco de la investigación arqueológica mesopotámica (ver por ejemplo J. CURTIS (ed.): *Fifty Years of Mesopotamian Discovery*, Londres, 1982), así como la búsqueda de una cronología se erigen en los elementos básicos y previos a la descripción del desarrollo histórico concreto.

El capítulo tercero (de la cueva a la aldea) está dedicado a los aspectos más destacados de la etapa prehistórica (Paleolítico, Mesolítico y Neolítico), mientras que en el siguiente se analiza el paso de la aldea a la ciudad (pp. 64-80) contando con los períodos de Hassuna, Samarra, Halaf, y El Ubaid. En torno al año 3750, coincidiendo con el nacimiento de la época de Uruk, el sur del Iraq se convierte en teatro de alteraciones demográficas, culturales y técnicas profundas, que a finales del IV milenio desembocarían en los principados históricos de Sumer y Acad.

La civilización sumeria, por su origen mesopotámico y por su misma esencia, sobrevivirá a la desaparición de Sumer en torno al año 2000, siendo adoptada por todos los pueblos que progresivamente invadían, ocupaban y dominaban Mesopotamia. En este contexto la religión constituye el exponente más claro: la idea que los sumerios tenían de sus dioses, a pesar de ser modificada por los semitas, ejercerá una influencia notable en todas las épocas sobre la vida pública y privada de las poblaciones mesopotámicas. La sistematización de los conceptos religiosos y la configuración de las familias divinas y mitos tendría su origen durante la etapa de urbanización de la baja Mesopotamia, siendo obra de varias escuelas de teólogos; a este respecto hemos de destacar las leyendas de la creación y las relacionadas con la vida, la muerte y el destino.

El período histórico conocido como el tiempo de los héroes (pp. 120-136) se basa en dos textos épicos en los que se describe el origen del mundo desde Adán al diluvio, así como las características del diluvio mesopotámico y una serie de dinastías y superhombres de acuerdo con la Lista Real Sumeria y la epopeya de Gilgamesh. La historia de Mesopotamia da comienzo con el período dinástico arcaico, que abarca desde 2900 hasta la llegada de Sargón de Acad (ca. 2335), momento en el que tiene su origen la gran expansión de los semitas de la región de Kish; los archivos reales de Ebla conforman nuestra fuente de información más sobresaliente, al tiempo que las excavaciones arqueológicas demuestran que desde el inicio del período el proceso de urbanización comenzado en la época de Uruk alcanza su apogeo.

La baja Mesopotamia estaba dividida en principados (los principados de Sumer), cada uno de los cuales tenía como capital una ciudad (las ciudades-estado). Resulta difícil, sin embargo, ofrecer una panorámica general de la organización socio-económica de Sumer en la época dinástica arcaica por dos motivos: la gran mayoría de los testimonios se reducen a tablillas de cuentas, no siempre fáciles e interpretar y, sobre todo, distribuidas desigualmente en el espacio y en el tiempo. En cualquier caso la unidad socio-económica básica en Mesopotamia parece haber sido la comunidad aldeana, que estaría constituida por familias de tipo nuclear (padre, madre e hijos solteros) o de tipo extenso; por su parte los territorios cerealísticos estarían divididos en dominios, cada uno de los cuales sería administrado por un templo (el soberano y el Estado desempeñan un papel destacado en este contexto); a pesar de todo resulta muy difícil llevar a cabo tan siquiera un esbozo de la historia política del período.

El proceso de sedentarización de los nómadas constituiría un fenómeno largo y discontinuo, en ocasiones contrarrestado por la vuelta de determinadas tribus al nomadismo. Ahora bien, aunque parece seguro que la mayor parte de los nómadas del Próximo Oriente antiguo hablaban lenguas semíticas, de ello no podemos deducir que en

su conjunto fuesen nómadas (Sargón y el Imperio de Acad llenan este período, que acabará con una especie de desastre).

A continuación se producirá el renacimiento sumerio durante el período de la III dinastía de Ur, teniendo a Gudea, Ur-Nammu, Shulgi y Amar-Sin como figuras más significativas: la sociedad sumeria se articulará en torno a dos ejes, el gobierno central y el provincial, que abarcan toda una serie de funcionarios, y las grandes unidades de producción, que utilizaban y permitían vivir a la gran mayoría de la población.

La caída de Ur, poco antes del 2000, supondrá un cambio sustancial en la historia mesopotámica, puesto que no sólo constituye el fin de una dinastía y de un reino sino también de un país y de un tipo de sociedad. La supremacía de los semitas acarreará profundas alteraciones étnicas, lingüísticas, políticas y sociales; el cambio de los conceptos político-religiosos halla su expresión en la organización económica y social, de acuerdo con lo que se observa en los documentos (leyes, edictos reales, cartas, documentos administrativos...): los reinos de Isin, Larsa, Babilonia, Eshnunna, Asur y Mari ocupan esta fase.

Los dos capítulos siguientes (pp. 212-243) están dedicados a la figura de Hammurabi y su significado histórico: vencedor de cuatro príncipes rivales, unificará durante unos decenios el territorio de Mesopotamia, que se hallaba desgarrada y dividida por luchas sangrientas desde hacía 300 años; en esta época la lengua acadia logra su perfección clásica, al tiempo que se afirma la religión personal según se desprende de las estatuas de dioses y demonios. En Hammurabi hay que considerar al jefe de Estado y al legislador como aspectos cuasi indisolubles y su etapa histórica se puede definir sintéticamente de la siguiente manera: el dios en su templo (importancia económica y predominio de la casta sacerdotal), el rey en su palacio (administración centralizada y exigencias de prestigio) y el ciudadano en su casa.

A renglón seguido tendría lugar la llegada de nuevas poblaciones (los indoeuropeos), entre las que destacan los hititas y los mitanios, asentados definitivamente en Anatolia y Siria del Norte respectivamente entablándose entonces un circuito de relaciones comerciales más intenso con Mesopotamia. Esta nueva corriente de influencias culturales y de todo tipo se llevará a cabo igualmente con la región de Siria-Palestina y Egipto.

Los sucesores de Hammurabi tratarán de aplastar las revueltas originadas a la muerte de aquél como consecuencia de haber estado basado su poder en un sistema político extremadamente débil. Aparecerán entonces en escena los casitas (los reyes de Karduniash), el más misterioso de los pueblos mesopotámicos antiguos; acerca de la organización administrativa y las estructuras socio-económicas de Babilonia en época casita nos encontramos muy escasamente informados, pese a lo cual no podemos confundirla con un período de estancamiento, es decir de decadencia cultural, económica y política.

A lo largo de tres de las cuatro centurias que abarca el período casita el Próximo Oriente sería el escenario de un conjunto de grandes conflictos (pp. 278-290) a partir de las campañas de Tutmosis III contra Siria-Palestina: los egipcios contra los mitanios y los hititas, entrando los asirios poco después en conflicto y, finalmente, los casitas, dándose origen a lo que se conoce como "reyerta de los imperios". Entraremos así en una fase histórica que el autor califica como el tiempo de la confusión, que coincide con los tres últimos siglos del II milenio, caracterizados por amplios movimientos étnicos que afectarían a gran parte de Eurasia: israelitas y fenicios, neohititas y arameos se verán envueltos en las nuevas convulsiones.

En los dos capítulos siguientes se analiza la expansión de Asiria, desde los inicios del milenio I, pero sobre todo desde el año 911; la génesis de dicho Imperio se concibe como el resultado final, y hasta cierto punto inesperado, de un cúmulo de guerras lle-

vadas a cabo por sus reyes por motivos múltiples y variados. En este contexto Assurnasirpal y Salmanasar III se erigirán en los más claros representantes de dicho poderío, mientras que la revuelta del 827 no constituirá una crisis de sucesión más sino un intento de protesta de la nobleza rural y de las principales ciudades de Asiria contra los ricos y poderosos gobernadores de las provincias creadas en la alta Mesopotamia recientemente anexionada. El eclipse se producirá con Adad-nirari III y sus sucesores, a pesar de la etapa de recuperación de casi 20 años representada por Tiglat-pileser III y Sargón II.

Los descendientes de este último, los llamados Sargónidas, gobernarán Asiria durante el siglo VII, alcanzando entonces su apogeo tanto cultural como territorial: la labor de Senaquerib, Asharadon y Asurbanipal no será más que un conjunto de contraofensivas coronadas por el éxito. De esta forma la gloria de dicho Imperio se basará, por un lado, en el Estado asirio con el soberano como figura central (el gobierno central y los gobiernos provinciales se mantendrán de los impuestos y tributos del sector privado) y, por otro, en el ejército asirio (dividido en soldados profesionales, disponibles y suplentes), mientras que el arte asirio se erige en la manifestación más notable de ese esplendor.

En el año 612 a. n. e., solamente 35 después de la toma de Susa, hecho que constituye el apogeo del reinado de Asurbanipal, los palacios de Nínive se vieron envueltos en llamas y con ellos se desplomó el poder asirio. La figura de Nabucodonosor marca una fase de renacimiento de la cultura babilónica, hasta el momento de la caída de la capital del Imperio a manos de Ciro. De cualquier forma, aun cuando la época dominada por los caldeos no llegó al centenar de años, dejaría huellas de gran significado en la baja Mesopotamia; este período histórico se caracteriza por una extraordinaria actividad arquitectónica (marcadamente religiosa) y por un resurgimiento de los templos como centros de funcionamiento económico. En este contexto destaca Babilonia como la ciudad mayor del territorio mesopotámico y posiblemente también de todo el mundo en aquel momento; en dicho centro urbano se celebraba el festival del año nuevo como confluencia de un culto de la fertilidad y un concepto cosmogónico (sin embargo la distancia entre el fervor religioso de los caldeos y su realidad económica no sería excesivamente grande).

Este libro sobre Mesopotamia en sentido amplio, ya que abarca igualmente el estudio de zonas limítrofes a dicho hinterland estrictamente hablando, finaliza con un capítulo dedicado a la muerte de dicha civilización, que se inicia con el período aqueménida (años 539-331), continúa con la época selúcida (años 331-126) y acaba con la etapa de los partos arsácidas (126 a. n. e.-227 d. n. e.). Destruída ya brutalmente en Asiria en los últimos años del siglo VII, sobreviviría aún en el Imperio babilónico durante unas 6 centurias, para desaparecer, en compañía de la última inscripción cuneiforme, en los inicios de nuestra era.

Contribuyen a la comprensión del texto unos completísimos cuadros cronológicos de todas las culturas, Imperios y épocas tratados (pp. 446-467), así como 8 páginas de mapas y un índice exhaustivo de todos los personajes, dioses y nombres geográficos mencionados en el texto (pp. 476-491).

Como colofón podemos afirmar que, aun cuando no se ciñe estrictamente hablando al territorio de la Mesopotamia antigua sino que se extiende a todas las culturas del Próximo Oriente antiguo, en la presente obra se plantean las bases y las líneas maestras para comprender el desarrollo histórico de dichas regiones en sus primeras fases, constituyendo un manual perfectamente aprovechable para el panorama universitario de nuestro país, así como una guía practiquísima para cuantos quieran adentrarse en los problemas en ella enunciados.

Narciso Santos Yanguas